

Jacobo Siruela (ed.), *Antología universal del relato fantástico*, Atalanta, Vilaiür, 2013. ISBN 978-84-940941-6-3

---

No hay duda de que Jacobo Siruela es uno de los editores españoles que más ha hecho en favor de lo fantástico. Primero, con dos colecciones soberbias en la editorial Siruela: *El Ojo sin Párpado*, donde rescató y, sobre todo, publicó por primera vez en español obras fundamentales de la literatura fantástica occidental; y *La Biblioteca de Babel*, coordinada por Jorge Luis Borges, quien se encargaba de seleccionar y prologar los volúmenes construyendo, así, su canon particular de lo fantástico (Poe, Kafka, Beckford, Stevenson, Lugones, James, Dunsany, Kipling, Wells, el propio Borges y otros tantos maestros).

Ahora, embarcado en el nuevo proyecto de la Editorial Atalanta, Jacobo Siruela continúa prestando especial atención a lo fantástico y publicando –en la colección *Ars Brevis*– obras y autores excepcionales, muchos de ellos, de nuevo, nunca publicados en español (como ocurre con Yasutaka Tsutsui, Robert Aickman o Liudmila Petrushévskaja) o reeditando obras de algunos maestros hispanoamericanos (Felisberto Hernández, Francisco Tario o José Bianco).

En dicha editorial acaba de publicar su *Antología universal del relato fantástico*, en la que ofrece una perfecta muestra de su erudición y de su pasión por el gé-

nero, las mismas con las que elaboró en 1993 su antología *Vampiros* (publicada por ed. Siruela, su autor la volvió a publicar en una versión ampliada en Atalanta en 2010), obra de referencia obligada en relación a ese mito fundamental. Dicha erudición se hace evidente en el extenso prólogo (sesenta páginas) que acompaña a la selección de los cincuenta y cinco relatos que componen la antología.

Ese prólogo se articula en tres secciones mutuamente interrelacionadas: en la primera expone su propia definición de lo fantástico; en la segunda hace un recorrido por su historia; y en la última realiza una taxonomía muy personal de los principales temas y motivos fantásticos (que incluye, además, breves comentarios de los relatos seleccionados).

En su definición, el autor parte de una idea de lo fantástico como categoría estética, es decir, no constriñe, como algunas voces críticas han planteado, lo fantástico en los estrechos límites de un género: «por su enorme variedad de temas y tratamientos estilísticos, lo fantástico no puede quedar circunscrito al cuento de terror y sus variantes, sino que debe referirse a un fenómeno literario más amplio, cuyo rastro multiplica sus huellas en todas las literaturas del mundo» (p. 17). Asi-

mismo, en esa exposición teórica, se hace evidente la voluntad reivindicativa de lo fantástico que tiene esta antología: «me gustaría destacar su relevancia histórica y otorgarle una categoría estética más amplia y justa, que sitúe con todo derecho su larga y continua aportación a las letras en relación con las grandes obras literarias de la humanidad; porque, considerando este asunto a la luz de los hechos, pocos son realmente los relatos que superan, en el siglo XIX, a *The Turn of the Screw*, de Henry James, o *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, o, en el XX, a un cuento de Borges o de Kafka, o, por qué no decirlo, a algunas narraciones de esta antología» (p. 18).

Me parece también muy destacable el hecho de que reivindique el decisivo papel de la literatura fantástica en la creación del relato moderno propiamente dicho, «inventado por Hoffmann en las primeras décadas del XIX, y que adquiere con Poe su total autonomía y una estructura narrativa jamás soñada por sus antecesores» (p. 18). Asimismo, insiste en que lo fantástico no es una forma literaria específica, sino una categoría estética universal que surge en el Siglo de las Luces: «Se trata de una manera puramente moderna de percibir el mundo y la experiencia humana, de una mirada que se opone al imperio unívoco de la razón ilustrada e intenta compensar a través del arte todo lo que ésta rechaza; de modo que cubre aquellas otras necesidades del espíritu que reclama la sociedad y sólo los artistas pueden ofrecer: la otra cara de la moder-

nidad» (p. 18). Eso le lleva a criticar algunas definiciones de lo fantástico (Vax, Caillois) como enfoques heredados del racionalismo francés y la visión cientifista del siglo XIX, «que tiende a unir lo fantástico a las *causas*; por eso el terror es algo indisociable de lo fantástico. (...) cuando la literatura fantástica no se refiere tanto a las *causas* como a los *efectos*» (p. 19). Enlaza, así, con concepciones más actuales de lo fantástico en las que se reivindica el peso esencial de la recepción del lector, su relación emocional (e intelectual) con la historia narrada, en otras palabras, su dimensión pragmática.

El repaso que hace de la historia y evolución de lo fantástico demuestra la lucidez del autor, quien si bien no duda en afirmar que lo fantástico aparece «esporádicamente» (p. 20) en el poema de *Gilgamesh*, la Biblia, en algunos pasajes de Homero, en diversas obras medievales (las *Eddas*, el *Beowulf*, la *Divina Comedia*) y más tarde en Rabelais, Tasso y, de vez en cuando, en Shakespeare, Marlowe o Quevedo, enseguida advierte que esas obras no pueden ser consideradas plenamente fantásticas: «Sin embargo, nada de lo narrado en estos libros suponía en su época una alteración del concepto general de *realidad*. Los fenómenos extraños eran testimonios de *otra* realidad invisible, tutelada siempre por la religión. (...) la duda sistemática frente a lo sobrenatural es una reacción puramente moderna. (...) Hasta entonces, la confrontación entre lo *real* y lo *imaginario*, entre lo racional y lo terrorífico, sencillamente no existía» (pp. 20-21).

Jacobo Siruela se alinea así con las propuestas teóricas e históricas que insisten –acertadamente– en afirmar la modernidad de lo fantástico: éste sólo puede producirse en el momento en que lo sobrenatural (lo imposible) ha desaparecido como creencia, cuando ya no forma parte del horizonte de expectativas de los lectores, y queda confinado en la literatura. Hay que tener en cuenta que si bien el desarrollo del racionalismo eliminó la creencia en lo sobrenatural, ello no supuso la desaparición de la emoción que producía como encarnación estética del miedo a la muerte y a lo desconocido (un sentido de lo sobrenatural ajeno al que exploraba, por ejemplo, el cuento de hadas). Una célebre frase de Madame du Deffand acerca de la existencia de los fantasmas resume perfectamente esta idea: «No creo en ellos, pero me dan miedo». La emoción de lo sobrenatural, expulsada de la vida, encontró refugio en la literatura. Todo ello justifica que la antología se abra con una de las grandes obras maestras de lo fantástico: «El hombre de arena» de Hoffmann, publicado en 1817.

Como dije antes, la segunda parte del prólogo tiene una dimensión fundamentalmente histórica y en ella el autor traza las grandes líneas por las que lo fantástico se ha desarrollado en los siglos XIX y XX. Son breves pero muy atinadas pinceladas sobre las principales voces que lo han cultivado, que sitúan históricamente al lector y le explican la evolución de lo fantástico, destacando el lugar que esos autores ocupan en dicho proceso. Es neces-

sario señalar que el recorrido termina con Cortázar (y una rápida mención de Stephen King), dejando muy a las claras cuál es el periodo histórico que más interesa a Jacobo Siruela. Resulta también muy revelador que no diga nada de la literatura española del siglo XIX, a excepción de la delirante *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas* (1831) y de Bécquer. Sin voluntad de corregir un trabajo excelente, yo creo que una mínima mención de los autores –tanto del XIX como del XX (aunque, eso sí, antologa tres cuentos de autores españoles de este siglo: Rosa Chacel, Javier Marías y Cristina Fernández Cubas)-, hubiera sido de agradecer, para, de ese modo, potenciar aún más la reivindicación que hace de lo fantástico a lo largo de todo el prólogo: como han demostrado diversos trabajos sobre la narrativa fantástica española, ésta no ha estado sólo reservada a los autores mal llamados marginales, sino que muchos de los grandes nombres de la literatura española de los siglos XIX y XX (algunos de los cuales ocupan un lugar de honor en el canon) han cultivado el género, y no como algo esporádico o excepcional dentro de su obra. Así sucede con Alarcón, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Clarín, Baroja, Valle-Inclán, Unamuno, Aub, Benet, Millás o Merino, por citar sólo algunos nombres, además de los tres que él mismo antologa.

El recorrido histórico que el autor nos propone se inicia –como ya es habitual– con Walpole y la novela gótica inglesa del siglo XVIII (aunque inicia ese panorama comentando un texto de Plinio el

Joven, que califica de «primer cuento de fantasmas de nuestra cultura», p. 21) y recorre los hitos fundamentales de dicho subgénero (*The Castle of Otranto*, *The Monk*) para enseguida enlazar con los románticos alemanes y, sobre todo, con el primer gran maestro de lo fantástico: E.T.A. Hoffmann. El antólogo describe con gran perspicacia la forma de cultivar lo fantástico del escritor alemán, que nada tiene que ver con otras formas anteriores de literaturizar lo sobrenatural (encarnadas en lo gótico y lo maravilloso). Continúa, después, con los románticos franceses (Nodier, Gautier, Villiers, Nerval), situados inequívocamente en la estela de Hoffmann, para llegar a la segunda y decisiva revolución de lo fantástico en el siglo XIX: Edgar Allan Poe. Tras él se detiene en autores fundamentales de la segunda mitad de esa centuria, como Hawthorne y Maupassant, prestando especial atención al subgénero de la *ghost story*, uno de los preferidos de Jacobo Siruela, a juzgar por la profusión de textos de ese tipo recogidos en la antología: Le Fanu, Henry James, Vernon Lee, Charlotte Perkins Gilman, Margaret Oliphant, etc.

Si Hoffmann y Poe son los grandes maestros del XIX, resulta muy significativo que a los siguientes autores a los que dedica varias páginas del prólogo sean Kafka y Lovecraft, artífices de dos nuevas formas de enfrentarse a lo fantástico. No es extraño que califique a Lovecraft de «figura paradigmática» (p. 49) por su popularidad e influencia.

Entonces le llega el turno a Borges,

uno de los escritores que más han marcado –como él mismo ha reconocido en numerosas ocasiones– a Jacobo Siruela. Como el propio antólogo no duda en afirmar, Borges «elevó el cuento fantástico al lugar más elitista que pueda imaginarse» (p. 52). Resulta, de nuevo, muy revelador que si bien menciona a un buen número de autores hispanoamericanos, sólo se detiene en Borges, Carpentier y Cortázar: la influencia, sobre todo, de los dos escritores argentinos ha sido decisiva para entender qué ha ocurrido y está ocurriendo en la narrativa fantástica a partir de los años 60 del siglo XX, no sólo en el ámbito hispano.

El prólogo se cierra, como ya dije, con una sección dedicada a exponer una interesante y personal taxonomía de temas y motivos fantásticos, situándose de ese modo en la estela de algunos de los grandes teóricos de lo fantástico, como Vax o Caillois, que no dudaron en proponer sus propias clasificaciones. Todas ellas pueden ser cuestionables, pero revelan el esfuerzo de sus autores por sistematizar el siempre complejo universo de lo fantástico. Jacobo Siruela parte de una excelente intuición: si bien las variantes pueden ser «tal vez inabarcables», existen diecisiete temas que él considera «medulares» en la literatura fantástica: el fantasma; la personificación de la muerte; el pacto con el diablo; vampiros; hombres lobo; las casas o lugares hechizados; metamorfosis; el doble; monstruos; la estatua, el autómatas o la armadura; magia; otras dimensiones; paradojas del tiempo;

temas bíblicos; la inmortalidad; sueño y realidad; y alucinaciones. Insisto, una taxonomía personal que puede discutirse o contradecirse con otra que resultará igualmente personal y –haciendo una fácil broma a partir de «El idioma analítico de John Wilkins» de Borges– «arbitraria y conjetural», lo que no significa que no funcione y que no sea legítimo tratar de establecer unas líneas centrales en el sistema de recurrencias temáticas que presentan los textos fantásticos.

Tras ese prólogo viene la selección de cincuenta y cinco relatos de otros tantos autores de múltiples nacionalidades publicados en los siglos XIX y XX. Una selección que, según advierte su autor, tiene como modelo la célebre *Antología de la literatura fantástica* (1940) de Borges, Bioy Casares y Ocampo, y, sobre todo, la *Anthologie du fantastique* (1958) de Roger Caillois: un viejo sueño de Jacobo Siruela fue traducir los dos volúmenes de la obra de Caillois, pero no pudo realizarlo por problemas de derechos, lo que le decidió a armar la suya propia. Todo ello ha provocado –lo advierte el autor– inevitables coincidencias con tales antologías y con otra ya clásica: *Cuentos fantásticos del siglo XIX*, de Italo Calvino, con la que Siruela inauguró la ya mencionada colección *El Ojo sin Párpado*.

No voy a entrar en la socorrida e inútil discusión de quién falta o de quién sobra en este excelente libro: toda antología es reflejo de su autor, que, en este caso, además, debe conjugar lo objetivo del valor histórico de los textos (en el desarrollo

y evolución de lo fantástico) y lo subjetivo del gusto personal. El propio Jacobo Siruela lo justifica de forma lúcida y sincera: «Este libro es una síntesis de aquellos cuentos con los que más he disfrutado y que más me han acompañado a lo largo de mi vida» (p. 76). Su propio canon de lo fantástico. ¿Qué más se puede añadir?

DAVID ROAS

Universitat Autònoma de Barcelona

